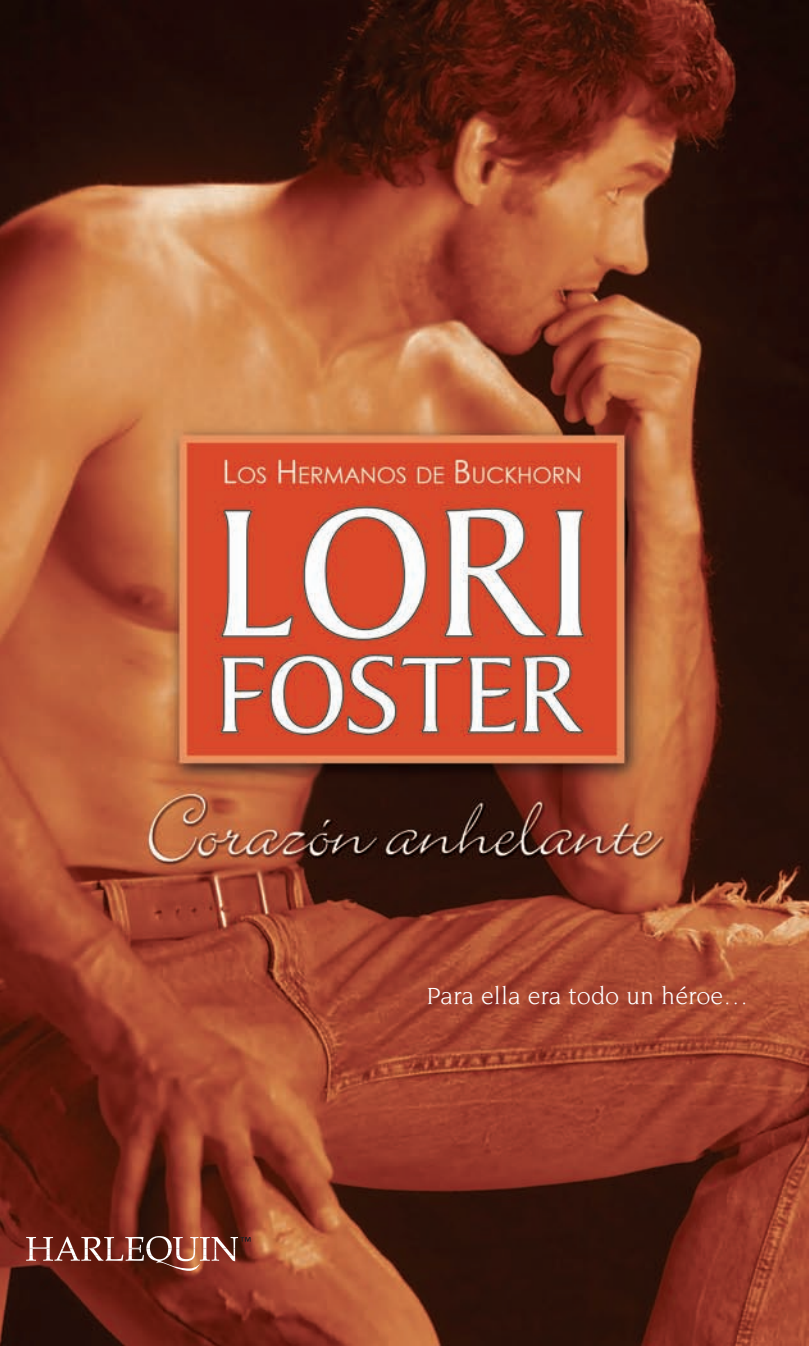

Los Hermanos de Buckhorn
LORI FOSTER
Corazón anhelante
Para ella era todo un héroe…
HARLEQUIN

Los Hermanos de Buckhorn

# LORI FOSTER

## Corazón anhelante

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2000 Lori Foster. Todos los derechos reservados.
CORAZÓN ANHELANTE, Nº 50 - 5.11.08
Título original: Gabe
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2005.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-6693-4
Depósito legal: B-40745-2008
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 4.5.09
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

# *Capítulo 1*

–¿No te parece el tío más sexy que has visto en tu vida?

–Hmm. Doy gracias a Dios por esta ola de calor. Me encanta que se quite la camiseta –soltó un suspiro nostálgico y femenino–. Te juro que podría pasarme el día entero aquí sentada mirándolo.

–Llevamos el día entero aquí sentadas mirándolo.

Gabe Kasper, que fingía estar dormido, tuvo que reprimir una sonrisilla. La vida lo trataba bien. Allí estaba, tumbado al sol, mientras las olas provocadas por los navegantes domingueros mecían suavemente el muelle, con una caña de pescar apenas sujeta en una mano, una gorra dejada caer sobre los ojos y un grupo de hermosas mujeres devorándolo con la mirada. En ese momento no sentía preocupación alguna. Un hombre no podía pedirle muchos más placeres a la vida.

–Es tan guapo.

–Y está increíble. Me encantan esos pelitos que le salen en la barbilla.

Ajá. Y pensar que su hermano Jordan le había asegurado que esos pelos daban vergüenza y había intentado convencerle de que se afeitase. A veces Jordan se pasaba de estirado.

–A mí me encanta el vello dorado que cubre su cuerpo.

Gabe estuvo a punto de soltar una carcajada. Estaba deseando contarle aquello a sus hermanos. Ahora que los dos mayores estaban casados y fuera de circulación, Gabe y Jordan, los únicos solteros, recibían aún más atenciones. No se quejaba. La adoración femenina era una de esas cosas de las que uno no podía cansarse, al menos eso pensaba él.

–Te diré una cosa, Rosemary. Cuando los dos hermanos mayores se casaron me puse nerviosa. Me pasé dos días llorando, del miedo que tenía a que los demás hiciesen lo mismo. Caray, aparte de morirme de ganas por cazar a alguno de ellos, esos hermanos eran la mayor atracción turística que teníamos en Buckhorn.

Gabe se mordió ligeramente el labio. Ese chisme se lo ahorraría cuando volviese a contar la historia. Los egos de sus hermanos, sobre todo el de Morgan, ya estaban lo suficientemente inflados. No, se limitaría a compartir los cumplidos referentes a él.

–Gabe es el mayor reclamo que tiene mi muelle. Con él ahí sentado nadie quiere repostar gasolina ni comprar cebo en ninguna otra parte. Me estoy planteando pagarle y todo.

–¡Ja! Tú lo que quieres es intimar más con él.

–No, quiero asegurarme de que no se lleva ese pedazo de cuerpo a ningún otro muelle.

–¡Amén a eso!

Todas rieron al oír aquel comentario tan sentido, y Gabe dejó escapar un suspiro. No tenía intención de traicionar a nadie. Al fin y al cabo, el padre de Rosemary le había permitido dejarse caer por su muelle desde que era un crío y había descubierto lo agradable que resultaba contemplar a las chicas en biquini. Aquel lugar era como su segunda casa. Después de la muerte del padre de Rosemary, se sintió obligado a seguir yendo por allí y echar una mano de vez en cuando. El truco estaba en evitar que a Rosemary se le pasase por la cabeza la idea del matrimonio. Ése era un camino que sus hermanos podían recorrer solos.

–Lo que más me sorprende de esos hermanos es que no sean todos hermanos de sangre. Cada uno es diferente...

–Pero todos son guapísimos. Y todos son tan... fuertes. Mi padre decía que hacía falta una mujer de armas tomar para criar a unos chicos así. Ojalá no viviesen tan lejos de aquí. Cuesta inventarse una buena excusa para hacerles una visita. No es como encontrarse por casualidad con los otros hombres del pueblo.

Gabe sonrió al escuchar aquello, no pudo evitarlo. Sus hermanos y él, se negaba a pensar en ellos como hermanastros, habían bromeado a menudo con la idea de ir al pueblo para comprobar quién andaba detrás de ellos. Siempre había alguna chica dedicada a esa labor. Pero al vivir lejos podían elegir la ocasión de relacionarse. Había resultado útil, pues ya de muy

jovencitos las chicas habían acudido en manada. Su madre decía que tenía una escoba junto a la puerta principal y otra junto a la trasera para echar a las mujeres a escobazos. No se podía decir que a ninguno de ellos les preocupase mucho, aunque a sus dos nuevas cuñadas no les agradaba ver los rostros de abatimiento de las mujeres a raíz de la celebración de las dos bodas.

Gabe estaba a punto de dejar de hacerse el dormido cuando una nueva voz de mujer se sumó a las demás junto a los surtidores de gasolina.

–Disculpen, pero me han dicho que Gabriel Kasper quizá estuviese aquí –aquello era más una afirmación que otra cosa, y bastante estridente, la verdad.

Era una mujer, pero no de allí.

La nueva voz no era suave, ni dulce, ni tenía acento del sur. Casi sonaba impaciente.

Gabe decidió esperar a ver qué quería aquella mujer. No era raro que lo anduviese buscando alguna mujer, y casi todo el mundo de por allí sabía que en verano no era difícil encontrarlo junto al lago. Se resistió al impulso de echarle un vistazo a la propietaria de aquella voz y mantuvo el cuerpo en una relajación total.

–¿Para qué quieres ver a Gabe? –aquel tono desconfiado era de la buena de Rosemary, y Gabe se prometió a sí mismo invitarla a cenar sin tardar mucho.

Hubo un momento de silencio, y a continuación:

–Tengo que tratar con él de asuntos personales.

Genial, pensó Gabe. Eso daría lugar a rumores. ¿Qué clase de asuntos personales podía tener él con una mujer a la que no conocía? Si de algo estaba

convencido era de que no la conocía. Su voz no le sonaba familiar.

–Pues sí, está aquí, pero está descansando, y no creo que le haga gracia que lo molesten.

–Gracias por la advertencia.

Acostumbrado al ruido suave de unas playeras o de unos pies descalzos sobre las tablas del muelle, Gabe casi se estremeció con el taconeo de unos zapatos. No le prestó atención, como tampoco se la prestó a la mujer a quien sentía vacilar junto a su tumbona. La brisa le llevó un ligero aroma de mujer, pero no parecía perfume, sino quizá champú perfumado. Respiró profundamente, pero sin moverse.

Oyó cómo se aclaraba la garganta.

–Eh... ¿perdone?

No parecía muy segura de sí misma, así que esperó, preguntándose si lo zarandearía para despertarlo. La notaba dudar, tenía la impresión de que iba a tocarlo en el hombro desnudo...

La caña de pescar casi se le escapa de la mano.

–Hijo de... –Gabe se puso en pie sobresaltado, y apenas le dio tiempo a sujetar la caña y el carrete. Sus pies se plantaron en el muelle y con destreza consiguió controlar la caña, que se movía al ritmo del pez.

–¡Demonios, éste es de los grandes!

Rosemary, Darlene y Ceily acudieron corriendo donde él se encontraba.

–¡Yo agarro la red! –dijo Rosemary.

Ceily, que normalmente trabajaba en una cafetería del pueblo, chilló cuando el pez, una carpa grande y fea, salió disparada del agua. Darlene lo agarró por detrás y miró por encima de su hombro.

Gabe se deslizó sobre el lateral del muelle hasta la rampa de hormigón, resbaladiza y cubierta de moho, abriendo las piernas todo lo posible para no perder el equilibrio mientras forcejeaba con el pez. Rosemary, avezada pescadora, no dudó a la hora de deslizarse junto a él para prepararle la red. En cuanto Gabe hubo acercado la carpa lo suficiente, ella la sacó del agua con la red. Aquel pez pesaría unos siete kilos, y forcejeó con él mientras Gabe intentaba sujetar la red y la caña.

Pero entonces Rosemary perdió el equilibrio y Gabe intentó agarrarla. Los dos cayeron al agua, salpicándolo todo, maldiciendo y riéndose. La caña se le escapó de las manos y él se inclinó hacia delante para rescatarla, con lo cual acabó empapado. Las otras dos mujeres se echaron al agua para ayudar, y todos juntos forcejearon para no soltar el pez mientras estallaban en risotadas.

Cuando la batalla hubo acabado, Gabe tenía su pez y una mujer en el regazo. Rosemary se había instalado allí, y Darlene y Ceily se le habían colgado encima, mientras intentaban controlar sus escandalosas risas. Las conocía a las tres desde la escuela primaria, y no era la primera vez que jugaban en el agua; se sentían cómodos los unos con los otros, y eso se notaba. De la cabeza de Gabe colgaba un alga alargada, lo cual provocó que a las mujeres les volviese a entrar la risa tonta.

Gabe, que se lo estaba pasando en grande, sacó el anzuelo del enorme pez, lo besó, ante lo cual las chicas le lanzaron besos al aire, y volvió a tirarlo al agua.

Fue entonces cuando oyeron el taconeo de aquellos dichosos zapatos.

Se volvieron al unísono y miraron a la mujer de la que sólo entonces se acordó Gabe. Tuvo que tapar la deslumbrante luz del sol con la mano para poder ver, lo cual no resultaba fácil con tres mujeres a cuestas.

Con su silueta recortada contra el sol, su pelo largo parecía rojo como el fuego. Y nunca antes había visto tantas pecas en una sola mujer. Llevaba una blusa blanca recién planchada, una falda larga de tela vaquera y unos zapatos negros con medias. «¿Medias con aquel calor?» Gabe guiñó un ojo.

–¿Puedo ayudarte en algo, cielo?

Ella apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

–No creo. Estoy buscando a Gabriel Kasper.

–Pues aquí lo tienes.

–Pero... buscaba a Gabriel, el héroe local.

Darlene sonrió abiertamente.

–¡Ése es nuestro Gabe!

Ceily añadió:

–El único e incomparable.

Gabe puso los ojos en blanco.

–Eso es una estupidez y lo sabéis.

Todas respondieron al mismo tiempo. Ceily, Rosemary y Darlene le aseguraron que era un héroe, alguien maravilloso y muchas cosas más.

La pelirroja se limitó a contemplar la escena con incredulidad.

–¿Quieres decir que eres tú quien rescató a aquellos bañistas?

Levantó a Rosemary de su regazo con delicadeza y cuidadosamente se puso de pie sobre el hormigón resbaladizo. Las mujeres ya se habían callado, y Gabe

se dio cuenta de la razón. Mientras ellas estaban rematadamente atractivas con sus coloridos biquinis, el pelo suelto y sus cuerpos bronceados, aquella mujer parecía la supervisora severa y retraída de un colegio de chicas. Miraba al grupo como si los hubiese sorprendido realizando una orgía en el lago, y no como si estuviesen jugando.

Gabe, siempre tan caballeroso, aupó a cada una de las mujeres al muelle, para a continuación subir él hábilmente. Se sacudió como un perro, salpicándolo todo de frías gotitas de agua del lago. La mujer se apresuró a retroceder un par de pasos.

Rosemary le quitó el alga del pelo y él le dedicó una sonrisa.

–Gracias, corazón. Chicas, ¿os importa si hablo con...?

Miró interrogante a la pelirroja.

–Elizabeth Parks –contestó con frialdad.

En la mano llevaba un cuaderno y un lápiz, y del hombro le colgaba un bolso a reventar de papeles.

–Sí, ¿puedo hablar un momento con la señorita Parks? –tenía la leve sospecha de que la señorita Parks era otra periodista, y no tenía intención de perder con ella más tiempo del que le costase decirle: «gracias, pero no, gracias»–. No tardo nada.

–De acuerdo, Gabe, pero estás en deuda con nosotras por haber rescatado a tu pez.

–Cierto, prometo pensar en cómo compensaros.

Las mujeres volvieron a reírse y se alejaron, arrastrando los pies a cada paso y meneando sus atractivos traseros. En ese momento llegaron dos lanchas. Aquello las tendría entretenidas vendiendo gasolina, cebo

y cualquier otra cosa que necesitasen aquellos veraneantes. Se giró hacia la pelirroja.

–¿En qué puedo ayudarte?

Ahora, sin el sol molestándole en los ojos, Gabe pudo comprobar que tenía los ojos más azules que había visto en su vida. Destacaban como dos faros entre su brillante pelo rojo y aquella abundancia de pecas.

Ella abrió el bolso y sacó un periódico plegado. Se lo tendió mientras le preguntaba, todavía con una pizca de incredulidad:

–¿Éste eres tú?

Su voz sonaba desconfiada, pero Gabe ni siquiera se molestó en mirar el periódico. Buckhorn, Kentucky, era un pueblecito donde todo el mundo buscaba la menor excusa para celebrar algo. El periódico local, el *Buckhorn Press*, había sacado una vez en portada el cambio de un semáforo, así que no era de extrañar que durante una temporada lo sacasen a él también por haber ayudado a salvar a unos cuantos bañistas de la trayectoria de una lancha sin control. Aquello ni siquiera era una acción heroica; pero si cambiar semáforos era importante, unas vidas en peligro eran algo trascendental.

–Sí, soy yo.

Gabe alcanzó sus gafas de espejo y se las colocó. A continuación se pasó por la cabeza las manos con los dedos extendidos para alisarse el pelo mojado. Se puso la gorra del revés y volvió a mirar a aquella mujer. Con las gafas en su sitio, podía observarla un poco mejor sin que ella se diese cuenta.

Pero la ropa que llevaba hacía que verla resultase

poco menos que imposible. Debía de estar asándose bajo toda aquella gruesa tela vaquera y el algodón almidonado de su blusa.

Se aclaró la garganta.

–Entonces, si es verdad, me gustaría entrevistarte.

Gabe se inclinó hacia ella y tomó un refresco de cola de la nevera que se encontraba junto a su silla vacía.

–¿Quieres?

–No, gracias.

Dio unos pasos hacia atrás apresuradamente, evitando acercarse demasiado a él.

Tras abrir la lata y beberse la mitad, Gabe le preguntó:

–¿Para qué periódico trabajas?

–No, yo no...

–Porque no me interesa que vuelvan a entrevistarme. Todos y cada uno de los periódicos en cien kilómetros a la redonda recogieron aquella historia estúpida, y la inflaron desproporcionadamente. Por aquí, la gente apenas se mete ya conmigo, incluidos mis hermanos, y no me interesa desenterrar un asunto tan ridículo.

Ella le torció el gesto y abrió el periódico para examinarlo.

–¿Te tiraste al agua para sacar del lago a tres personas, una mujer y sus dos hijos, cuando un borracho se cayó de su lancha y ésta se descontroló?

Gabe hizo una mueca.

–Sí, pero...

–Nadie más movió un dedo, se limitaron a quedarse allí pasmados mientras la lancha, sin piloto, co-

menzaba a dar vueltas alrededor de los desventurados bañistas.

–¿Desventurados bañistas? –resopló ante su utilización del lenguaje–. Cualquiera de mis hermanos habría hecho lo mismo, y de hecho...

–Y a continuación, ¿te las arreglaste para subirte a la lancha...? –miró hacia arriba–. Me encantaría que me contases cómo lo hiciste, por cierto. Cómo dominaste y te subiste a una lancha en marcha sin que la hélice te hiciese pedazos. ¿No estabas asustado?

Gabe se quedó mirándola. Hasta sus pestañas eran rojizas, y con el sol iluminándolas, las puntas se volvían doradas. Miraba de reojo debido al brillo del sol, que hacía que las pecas de su nariz respingona destacasen aún más. De no ser por aquellas pecas, repartidas por toda la cara, tenía una piel suave y limpia y...

Negó con la cabeza.

–Mira, cielo, te he dicho que no quería que me entrevistasen.

Frunció el ceño como si alguien le hubiese metido un limón entre los labios.

–Me llamo Elizabeth Parks, o Elizabeth a secas. Me vale cualquiera de los dos, gracias.

Después de la reprimenda, tuvo la audacia de decir:

–Todos los demás querían que los entrevistase. ¿Por qué tú no?

Dejó sus delgadas cejas levantadas, y el lápiz colocado sobre aquella dichosa libreta, como si esperase escribir sus palabras más profundas.

Gabe soltó una palabrota. Las palabras profundas no eran su fuerte. Requerían demasiado esfuerzo.

–¿Quiénes son los demás?

–Los demás héroes.

Mientras hablaban, veía cómo su larga melena se rizaba debido a la humedad. Le colgaba casi hasta la altura del trasero y la llevaba recogida hacia atrás por una pinza enorme. Oscuros por el sudor, unos mechones de ricitos se le pegaban a las sienes. En el pelo se le formaban tirabuzones. Estaba fascinado.

La parte delantera de su blusa blanca también empezaba a mojarse de la humedad, y Gabe acertó a intuir un sujetador blanco debajo. ¿Cómo podía ir tan apretada con el calor que hacía? ¿Tan rígida era aquella mujer, que iba así vestida a veranear al lago durante la ola de calor más sofocante del verano?

Le daba igual la clase de mujer que fuese.

–A ver. En primer lugar, no pienso conceder ninguna entrevista, y punto. En segundo lugar, admito que me pica la curiosidad por saber de qué hablas con todo el asunto ése de los héroes. Y en tercer lugar, ¿no estarías mejor a la sombra? La cara se te está poniendo como un tomate.

El comentario hizo que el color subiese de tono. Más que un rubor bonito, era como si alguien hubiese encendido un fuego por debajo de su piel. Parecía estar llena de manchas. A Gabe casi se le escapó una carcajada.

–Siempre me pongo roja –explicó algo aturullada–. Los pelirrojos somos muy blancos de piel.

–Y tú tienes el pelo mucho más rojo que la mayoría.

–Sí, soy consciente.

Se la veía forzada, como si la hubiese insultado.

Gabe no creía que el color de su pelo fuese un secreto de Estado. Cualquiera podría haberlo visto a un kilómetro de distancia.

Tuvo que reprimir una sonrisa.

–¿Qué me dices? ¿Vienes a sentarte conmigo a la sombra? Hay un enorme olmo fláccido que se vence sobre el lago, ahí se está más fresco que aquí en el muelle, a pleno sol, aunque no mucho.

Parpadeó y abrió los ojos de par en par.

–¿Un olmo cómo?

–Un olmo fláccido. Está muy flacucho. Vamos.

Parecía a punto de desmayarse de puro azoramiento, calor y exasperación. Sin esperar a su consentimiento, agarró la nevera, la sujetó con firmeza del brazo y atravesaron juntos el muelle. Una enorme raíz del olmo sobresalía del suelo y ofrecía un asiento agradable. Gabe casi la empujó para que se sentase. Temía que fuese a desmayarse en cualquier momento.

–Quédate aquí un momento mientras te saco un refresco.

Ella se alisó la falda sobre las piernas, para que cubriese la mayor cantidad posible de piel mientras intentaba sostener el cuaderno y ajustarse el pesado bolso.

–No, gracias. De verdad, he...

Ya había abierto una lata.

–Toma, bebe –le puso la bebida en la mano y esperó hasta que ella, diligentemente, se la hubo bebido–. ¿Te encuentras mejor?

–Sí, gracias.

Actuaba con tanta cautela, que no pudo evitar

sentir curiosidad hacia ella. No era su tipo; era demasiado prepotente, demasiado remilgada, demasiado... pelirroja. Pero no por eso iba a dejar que se cociese al sol. Su madre lo habría despellejado de haber sabido que había sido descortés con una chica, independientemente de quién se tratase. Además, ese aire remilgado le daba cierto encanto.

Gabe tomó otro refresco de cola para él y se sentó sobre la nevera. La miró mientras se lo bebía.

–Bueno, háblame de esos héroes.

Se pasó la lengua por los labios cuidadosamente y dejó la lata en el suelo antes de mirarlo.

–Estoy trabajando en una tesis para la universidad. He entrevistado a media docena de hombres que recientemente han sido elogiados por haber realizado actos de heroísmo. Hasta ahora, sus personalidades eran muy parecidas, pero tú...

–¿En serio? ¿Qué tipo de personalidad tienen los héroes?

–Antes de contestarte a eso me gustaría hacerte unas cuantas preguntas. No quiero que tus respuestas se vean condicionadas por lo que otros dijeron.

Gabe frunció el ceño mientras apoyaba los codos en las rodillas y la miraba.

–¿Piensas que mentiría?

Se apresuró a tranquilizarlo.

–¡No! Al menos, no conscientemente. Pero para conservar la pureza del estudio tengo que realizar todas las entrevistas del mismo modo.

–Pero si ya te he dicho que no quiero que me entrevisten.

La observó atentamente, vio su frustración y su-

puso que aquélla no era la típica manera de comportarse de un héroe. «Vaya tontería».

Pasado un largo minuto, le dijo:

–De acuerdo, ¿puedo preguntarte algo totalmente diferente?

–Depende. Pregunta, y ya veré si quiero contestar.

–¿Por qué has devuelto el pez al agua?

Gabe miró por encima del hombro hacia donde había pescado la carpa, y volvió a mirarla a ella.

–¿El pez que pesqué hace un rato?

–Sí. ¿Por qué pescas si luego no te lo quedas?

Se rió entre dientes.

–No vienes mucho por el lago, ¿verdad?

–No soy de aquí. Estoy de visita por la zona...

–¿Para entrevistarme? –la simple idea de que así fuese lo dejó helado, y le hizo sentir culpable por estar haciéndoselo pasar tan mal.

–Pues sí, así es –le dio otro trago al refresco y prosiguió–. He alquilado una casa y voy a quedarme un mes hasta que vuelva a empezar el curso; antes quería organizar mi investigación. Pensaba que ya había acabado, y me merecía unas vacaciones cortas, pero entonces leí lo tuyo en los periódicos y decidí añadir otra entrevista.

–Así que estás trabajando en vacaciones.

Soltó un resoplido. Qué locura. Las vacaciones eran para descansar, y la idea de echarlas a perder para molestarlo a él no le encajaba.

–Sí, bueno, digamos que, afortunadamente, combino mis vacaciones con una entrevista. No pude resistirme. Tu situación era única, ya que cada vez que te citaban, hablabas de cualquier otra persona.

–Lo recuerdo.

La gente sobre la que había hablado era más interesante que cualquier cosa que pudiese decir sobre sí mismo.

–No te cansabas de hablar de lo valientes que habían sido los dos niños...

–Eran una monada de críos, y...

–Y pontificabas sobre la combinación de alcohol y deportes acuáticos.

–Éste es un lago seco, es decir que no se puede beber alcohol. Aquel estúpido que se cayó de la lancha podría haber matado a alguien.

Lo miró tímidamente, y él se sorprendió ante la sensualidad natural de su mirada. Le parecía una chica tan estirada, que no estaba preparado para aquello.

–Pero te empeñas en mantener que la situación no era peligrosa.

–Y no lo era, al menos para mí.

Mostró una expresión de suficiencia, y escribió algo sobre el papel, lo cual provocó que él volviese a fruncir el ceño. Decidió explicárselo antes de que lo malinterpretase.

–Nado como un pez desde que llevaba pañales. Ya estaba por aquí antes de saber andar. Mis hermanos me enseñaron a practicar esquí acuático cuando apenas tenía cinco años, y las lanchas no tienen misterios para mí. No suponía riesgo alguno, por eso nadie en sus cabales diría que soy un héroe.

–Eso es lo que tú dices. Pero todo el mundo parece opinar lo contrario.

–Cielo, tú no sabes cómo funcionan las cosas en Buckhorn. Este pueblo es tan tranquilo, que cual-

quier alteración va directamente a la portada de los periódicos. Hace un tiempo, una vaca se salió del prado y se coló en el cementerio. El tráfico se detuvo en varios kilómetros a la redonda para que todo el mundo pudiese mirarla embobado. Se presentaron los bomberos acompañados de mi hermano, que es el comisario de policía, y el *Buckhorn Press* envió a sus mejores periodistas para cubrir el acontecimiento.

–¿A sus mejores periodistas?

Gabe sonrió.

–Sí, a los dos que tiene. Así funcionan las cosas aquí. Los concejales se reúnen para votar si se cambian o no las bombillas de las farolas, y el año pasado, cuando se perdió el gato de la señora Rommen, se formó una partida de rescate y estuvimos buscándolo durante tres días hasta dar con ese granuja.

Escribía frenéticamente, lo cual molestó a Gabe. Acto seguido, lo miró a él.

–¿«Estuvimos»?

Ladeó la cabeza ante su sonrisa burlona, una sonrisa realmente agradable ahora que se fijaba en ella. Sus labios eran carnosos y rosados y... Frunció el ceño.

–Señorita Parks, no querrá usted que evite mis deberes cívicos, ¿verdad? Y menos cuando esa venerable señora quiere al feo de su gato con locura.

Volvió a sonreírle, y se le formaron dos hoyuelos entre aquella abundancia de pecas. Su boca resultaba aún más atractiva, pero de nuevo se puso a escribir. Gabe se inclinó hacia delante para ver qué era exactamente lo que estaba anotando, y ella agarró el papel y lo apretó contra su pecho.

–¿Qué estás haciendo? –su voz sonó entrecortada.

Gabe levantó una ceja.

–Echándole un vistazo a eso que te parece tan interesante.

–Ah, perdona.

Bajó el papel, pero el daño ya estaba hecho. La parte delantera de la blusa blanca, empapada por la humedad, se había llenado de oscuras manchas de mina de lápiz.

Gabe asintió con la cabeza mirándola al pecho al tiempo que le daba otro trago a su refresco.

–Creo que necesitas limpiarte. Deberías volver a casa a hacerlo.

Ella le contestó inmediatamente:

–Pero si aún no te he preguntado nada.

–Y no vas a hacerlo. No quiero que me entrevisten. Pero por si te interesa, el pez lo solté porque era una carpa. Tampoco es tan delicioso, y es un tostón limpiarlo, porque tiene mucho intestino. Yo prefiero la lubina. Aunque eso importa poco cuando pescas para pasar el rato, que es la razón por la que suelo hacerlo yo. Deberías probarlo –la recorrió lentamente con la mirada–. Soltarte, quiero decir. Relaja mucho.

Se dio la vuelta para marcharse y ella lo siguió para ponerse a su altura.

–Gabriel... Señor Kasper...

–Déjalo en Gabe, a menos que estés pensando en hacerme más preguntas.

Lo dijo sin mirarla, decidido a marcharse antes de que de ella le llamase la atención algo más aparte de sus labios, que una vez se había fijado en ellos no podía parar de mirarlos, o en lo bonita que le quedaba aquella blusa almidonada ahora que se le estaba em-